



La innovación docente y el *Juan de Mairena*, de Antonio Machado

por José Luis Gil y Gil

Introducción. 1. Instituciones. 1.1. Universidad. 1.1. Escuela Popular de Sabiduría Superior. 2. Método. 2.1. Diálogo. 2.2. Discernimiento. Conclusiones

Introducción.

El *Juan de Mairena*, de Antonio Machado, es un libro en prosa, cuya primera edición apareció en el verano de 1936, en la editorial Espasa Calpe, y que reúne una colección de textos que el autor había publicado, desde 1934, en la prensa madrileña¹. Es un libro poético y filosófico, lleno de humor e ironía. Es un libro inclasificable, entre el cuaderno de escritor, el diario filosófico y la suma de aforismos, en el que un profesor imaginario y sus alumnos analizan la sociedad, la cultura, el arte, la literatura, la política, la filosofía, con una gran variedad de tonos, que incluyen la paradoja y el humor más fino y sutil.

Una de las peculiaridades del *Juan de Mairena* es que Antonio Machado recoge las reflexiones de dos apócrifos: Abel Martín y Juan de Mairena. Abel Martín, poeta y filósofo, también conocido como Abel-Sócrates, nació en Sevilla en 1840, y murió en Madrid, en 1898. Su obra y memoria están asociadas a otro autor apócrifo, Juan de Mairena, discípulo suyo, que también nació en Sevilla, en 1865, y falleció en Casairego de Tapia, en 1909. En el frontispicio de la obra, cuyo título completo es *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*, aparece la única imagen que se conoce del supuesto maestro: un retrato en sombra de tinta, que hizo, para la ocasión, José Machado, hermano menor de Antonio. Al pie del dibujo, se menciona que ese era su aspecto a los 33 años, en 1898, año de la guerra con Estados Unidos que ocasionó la pérdida de las últimas colonias españolas de ultramar: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam. Como corresponde al dolor que causó ese desastre, y que compartían los miembros de la llamada generación del 98, el rictus del personaje es dolorido y taciturno, aunque juvenil, con la mirada inclinada hacia abajo.

De este modo, el libro es un exponente señero de la tendencia al desdoblamiento, la fragmentación y la pluralidad del discurso, presente en autores de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, como Fiodor Mijailovich Dostoievski o Fernando Pessoa; tendencia que puede traducirse en una verdadera polifonía de voces narrativas, y que se consuma por la práctica de los heterónimos. La novela polifónica es el tipo de novela moderna que empezó a cultivarse en Europa desde que Cervantes publicó el *Quijote*, en 1605 y 1615. En el capítulo XLIV de la primera parte del *Quijote*,

¹ Como regla general, las citas de los escritos de Antonio Machado corresponden a la edición de *Obras. Poesía y prosa*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1964, 1067 pp.

Sancho Panza busca una solución de compromiso, para no irritar más a su señor, y acuña el neologismo *baciyelmo*, contracción de bacía y yelmo, en el que la crítica moderna ha visto menos una ocurrencia graciosa que la síntesis de una imagen de la realidad. Según esa interpretación, no existe una verdad absoluta para Cervantes, sino tantas verdades como puntos de vista individuales. De ahí que el narrador del *Quijote* evite pronunciarse sobre los comportamientos de sus criaturas, y recoja con generosidad las diversas perspectivas de los personajes². Pues bien, Mijail Batkin empleó la expresión novela polifónica en la obra *Problemas de la poética de Dostoievski*, de 1936, por considerar que, en el tipo de novela del escritor ruso, se enfrentan de forma dialéctica distintas cosmovisiones o ideas del mundo, que representan varios personajes, cuyo entrelazamiento causa una gran impresión de realidad. Con la práctica de los heterónimos, Fernando Pessoa lleva a cabo la propuesta más radical de desdoblamiento o fragmentación. El *Juan de Mairena* es un libro tan profundo, rico y sugerente como el *Libro del desasosiego*, que empezó a gestarse en 1913, y que Fernando Pessoa atribuyó a uno de sus heterónimos: Bernardo Soares. Hay alguna similitud entre los apócrifos que creó Machado, en especial Abel Martín, Juan de Mairena y Jorge Meneses, y los heterónimos de Pessoa: Alexander Search, Alberto Caeiro, Alberto de Campos, Ricardo Reis y Bernardo Soares.

El *Juan de Mairena* contiene una visión original sobre la enseñanza y el aprendizaje, así como sobre la pedagogía y el pensamiento crítico, influida por la concepción filosófica y vital de los profesores de la Institución Libre de Enseñanza.

Dividiré la exposición en dos partes: instituciones (1) y método (2). Dejaré que las palabras del poeta ilustren las ideas.

1. Instituciones.

En la obra de Antonio Machado, se percibe el influjo de la educación que recibió en la Institución Libre de Enseñanza. El propio Machado escribió: *Me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza y conservo gran amor a mis maestros: Giner de los Ríos, el imponderable, Cossío, Caso, Sela, Sama (ya muerto), Rubio Costa (D. Joaquín –a quien no volví a ver desde mis nueve años-)*³.

Antonio Machado fue catedrático de francés en Institutos de Segunda Enseñanza o Enseñanza Secundaria en Soria, Baeza, Segovia y Madrid. Ejerció la docencia durante 29 años, a fin de lograr independencia económica. Sus destinos principales fueron el Instituto General y Técnico de Soria (1907-1912), el de Baeza (2012-2019) y el de Segovia (1919-1932).

En el *Juan de Mairena*, Antonio Machado reflexiona sobre la Universidad (1.1) y la Escuela Popular de Sabiduría Superior (1.2).

1.1. Universidad.

Antonio Machado sentía respeto y cariño hacia la universidad y una admiración sincera por algunos catedráticos, como Unamuno u Ortega y Gasset. En un fragmento que comentaré luego con más

² El pasaje del *Quijote* es el siguiente: “En eso no hay duda -dijo a esta sazón Sancho-, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró a los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance”. Cfr. Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Castilla-La Mancha, al cuidado de Francisco Rico, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Empresa pública Don Quijote de la Mancha, Toledo, 2005, primera parte, capítulo XLIV, p. 465, y nota a pie de página 42.

³ Cfr. “Biografía”, en Machado, Antonio, *Poesía y prosa*, Tomo III, Prosas completas (1893-1936), edición crítica de Oreste Macrí, Espasa Calpe, Fundación Antonio Machado, Madrid, 1989, p. 1524.

detalle, escribe Machado: *Cuando alguien se lamentaba del poco arraigo y escaso ambiente que tenía allí la Universidad, Mairena, que había estudiado en ella y le guardaba respeto y cariño, solía decir [...] [XII, (Sobre los modos de decir y pensar), p. 387]. De la admiración que sentía Antonio Machado por Miguel de Unamuno da buena cuenta el Poema de un día. Meditaciones rurales, de Campos de Castilla (CXXVIII, pp. 182 ss):*

*Libros nuevos. Abro uno
de Unamuno.
¡Oh, el dilecto,
predilecto
de esta España que se agita,
porque nace o resucita!
Siempre te ha sido, ¡oh Rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural.
Esa tu filosofía
que llamas diletantesca,
voltaria y funambulesca,
gran don Miguel, es la mía.
Agua del buen manantial,
siempre viva,
fugitiva;
poesía, cosa cordial.
¿Constructora?
- No hay cimiento
ni en el alma ni en el viento-
Bogadora,
marinera,
hacia la mar sin ribera!*

Asimismo, en una carta al filósofo José Ortega y Gasset, fechada el 20 de julio de 1912, declara: *Mi aversión a la Universidad no puede ser, ni mucho menos, desdeño a quienes como V. honran a la Universidad*⁴. Con todo, y al igual que en esa carta, Antonio Machado confiesa, en su *Biografía: Pasé por el Instituto y la Universidad, pero de estos centros no conservo más huella que una gran aversión a todo lo académico*⁵.

En este sentido, el *Juan de Mairena* puede concebirse como una parodia de la vida universitaria. Por boca de Juan de Mairena, Antonio Machado contrapone el saber popular y el saber universitario. El texto lleva por título “Folklore y saber universitario” [XII, (Sobre los modos de decir y pensar), p. 387]:

Mairena tenía una idea del folklore que no era la de los folkloristas de nuestros días. Para él no era el folklore un estudio de las reminiscencias de viejas culturas, de elementos muertos que arrastra inconscientemente el alma del pueblo en su lengua, en sus prácticas, en sus costumbres, etcétera. Mairena vivía en una gran población andaluza, compuesta de una burguesía algo beocia, de una aristocracia demasiado rural y de un pueblo inteligente, fino, sensible, de artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más

⁴ Cfr. la carta en Machado, Antonio, *Poesía y prosa*, Tomo III, Prosas completas (1893-1936), *op. cit.*, p. 1515.

⁵ Cfr. “Biografía”, en Machado, Antonio, *Poesía y prosa*, Tomo III, Prosas completas (1893-1936), *op. cit.*, p. 1524.

importante que el hacerlas. Cuando alguien se lamentaba del poco arraigo y escaso ambiente que tenía allí la Universidad, Mairena, que había estudiado en ella y le guardaba respeto y cariño, solía decir: "Mucho me temo que la causa de eso sea más profunda de lo que se cree. Es muy posible que, entre nosotros, el saber universitario no pueda competir con el folklore, con el saber popular. El pueblo sabe más, y sobre todo, mejor que nosotros. El hombre que sabe hacer algo de un modo perfecto, un zapato, un sombrero, una guitarra, un ladrillo— no es nunca un trabajador inconsciente, que ajusta su labor a viejas fórmulas y recetas, sino un artista que pone toda su alma en cada momento de su trabajo. A este hombre no es fácil engañarle con cosas mal sabidas o hechas a desgana". Pensaba Mairena que el folklore era cultura viva y creadora de un pueblo de quien había mucho que aprender, para poder luego enseñar bien a las clases adineradas.

1.2. Escuela Popular de Sabiduría Superior.

En 1896, Abel Martín y Juan de Mairena pensaron fundar, en Sevilla, una Escuela Popular de Sabiduría Superior, en la que el primero ocuparía la Cátedra de Poética y Metafísica, y el segundo, la de Sofística. A finales de 1898, Abel Martín viajó a Madrid para formar parte de un tribunal de oposiciones a cátedras de Filosofía. Al poco de llegar, se recrudecieron sus antiguas dolencias hepáticas. Internado en el hospital de San Carlos, falleció el 9 de noviembre. Tras la muerte de su maestro, Mairena abandonó el proyecto de fundar la Escuela Popular de Sabiduría Superior, con el objetivo de educar a todas las clases sociales, y que se contrapondría a la Escuela Superior de Sabiduría Popular. Cuenta Antonio Machado [XXXV, (*Habla Mairena sobre el hambre, el trabajo, la Escuela de Sabiduría, etc.*), pp. 467-469]:

Juan de Mairena había pensado fundar en su tierra una Escuela Popular de Sabiduría. Renunció a este propósito cuando murió su maestro, a quien él destinaba la cátedra de Poética y de Metafísica. El se reservaba la cátedra de Sofística.

-Es lástima -decía- que sean siempre los mejores propósitos aquellos que se malogran, mientras prosperan las ideícas de los tontos, arbitristas y revolvedores de la peor especie. Tenemos un pueblo maravillosamente dotado para la sabiduría, en el mejor sentido de la palabra: un pueblo a quien no acaba de entontecer una clase media, entontecida a su vez por la indigencia científica de nuestras Universidades y por el pragmatismo eclesiástico, enemigo siempre de las altas actividades del espíritu. Nos empeñamos en que este pueblo aprenda a leer, sin decirle para qué y sin reparar en que él sabe muy bien lo poco que nosotros leemos. Pensamos, además, que ha de agradecernos esas escuelas prácticas donde puede aprender la manera más científica y económica de aserrar un tablón. Y creemos inocentemente que se reiría en nuestras barbas si le hablásemos de Platón. Grave error. De Platón no se ríen más que los señoritos, en el mal sentido -si alguno hay bueno- de la palabra.

Mas yo quisiera dejar en vuestras almas sembrado el propósito de una Escuela Popular de Sabiduría Superior. Y reparad bien en que lo superior no sería la escuela, sino la sabiduría que en ella se alcanzase. Conviene distinguir. Porque nosotros no decimos: «Buena es para el pueblo la sabiduría», como dicen: «Buena es para el pueblo la religión» los que no creen ya en ella. Estos, al fin, dan lo que desprecian, y nosotros daríamos lo que más veneramos; un saber de primera calidad.

Esta escuela tendría éxito en España, a condición -claro es- de que hubiese maestros capaces de mantenerla, y muy especialmente en la región andaluza, donde el hombre no se ha degradado todavía por el culto perverso al trabajo, quiero decir por el afán de adquirir, a cambio de la fatiga muscular, dinero para comprar placeres y satisfacciones materiales.

Es natural -permitidme una pequeña digresión- que el hombre de la Europa septentrional, originariamente cargador o extractor de masas pesadas, talador de selvas, etc.; obligado, en suma, a un esfuerzo brutal en un clima duro, busque su emancipación por la máquina, mientras que el hombre de la cultura meridional, originariamente esclavista y negrero, busque el ocio sine qua non de una vida noble por la vía ascética, reduciendo a un minimum sus apetencias más o menos bestiales.

De todos modos -decía mi maestro-, una sana concepción del trabajo será siempre la de una actividad marginal de carácter más o menos cinético, a la vera y al servicio de las actividades específicamente humanas: atención, reflexión, especulación, contemplación admirativa, etcétera, que son actividades esencialmente quietistas o, dicho más modestamente, sedentarias. Pero dejemos a un lado a mi maestro y sus teorías, ya rancias, sobre el homo sapiens frente al homo faber, y aquella más fantástica suya sobre un homunculus mobilis, que se convierte en mero proyectil, perdiendo de paso su calidad de semoviente. Y volvamos a la Escuela de Sabiduría.

Para ella necesitamos -sigue hablando Mairena- un hombre extraordinario, algo más que un buen ejemplar de nuestra especie; pero de ningún modo un maestro a la manera de Zaratustra, cuya insolencia éticobiológica nosotros no podríamos soportar más de ocho días. Nuestro hombre estaría en la línea tradicional protagóricosocráticoplatónica, y también, convergentemente, en la cristiana. Porque de nuestra Escuela no habría de salir tampoco una nueva escolástica, la cual supone una Iglesia y un Poder político más o menos acordes en defender y abrigar un dogma, con su tabú correspondiente, sino todo lo contrario. Nuestro hombre no tendría nada de sacerdote, ni de sacrificador, ni de catequista, como sus alumnos nada de sectarios, ni de feligreses, ni siquiera de catecúmenos. Respetaríamos el aforismo délfico que traduciríamos a lengua romance en forma más suavisadora que imperativa: Conviene que procures, etc. Y añadiríamos: «Nadie entre en esta escuela que crea saber nada de nada, ni siquiera de Geometría, que nosotros estudiaríamos, acaso, como ciencia esencialmente inexacta. Porque la finalidad de nuestra escuela, con sus dos cátedras fundamentales, como dos cuchillas de una misma tijera, a saber: la cátedra de Sofística y la de Metafísica, consistiría en revelar al pueblo, quiero decir al hombre de nuestra tierra, todo el radio de su posible actividad pensante, toda la enorme zona de su espíritu que puede ser iluminada y, consiguientemente, obscurecida; en enseñarle a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de su propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo.

Sobre el plan, la orientación, el método y aun los programas de esta posible Escuela de Sabiduría nos ocuparemos en otra ocasión.

En suma, Juan de Mairena considera que hay dos maneras ideales de concebir la enseñanza: por un lado, la Escuela Superior de Sabiduría Popular; por otro, la Escuela Popular de Sabiduría Superior. Con su sorna habitual, Rafael Sánchez Ferlosio describe a la primera como un populismo caro, y a la segunda, como un elitismo barato⁶. Tanto Machado como Ferlosio, preferían la Escuela Popular de Sabiduría Superior a la Escuela Superior de Sabiduría Popular.

⁶ Cfr. Sánchez-Ferlosio, Rafael, “La cultura, ese invento del gobierno”, *El País*, 22 de noviembre de 1984, en https://elpais.com/diario/1984/11/22/opinion/469926007_850215.html (16 de marzo de 2026): “Pero estos gobernantes socialistas, que a veces gustan de proclamarse machadianos, o no han frecuentado mucho el aula de Mairena, o ya ni lo recuerdan. Cuando Mairena expuso su proyecto ideal de centro de enseñanza, contraponía claramente una posible *Escuela Superior de Sabiduría Popular*, como lo rechazable, frente a una posible *Escuela Popular de Sabiduría Superior*, como lo deseable. Así que lo que Mairena propugnaba podría, muy ajustadamente, designarse como *elitismo barato*, en el que, por afectar la baratura tan sólo a la actividad de la enseñanza, no al saber enseñado, la tal escuela podía permitirse concebir la aspiración de llegar algún día a hacer mayoritario ese saber. La política cultural de este Gobierno hace lo exactamente inverso al *elitismo barato* de Mairena: un populismo caro; mejor dicho, carísimo,

2. Método.

El método de enseñanza de Juan de Mairena se basa en el diálogo (2.1) y fomenta el discernimiento o el pensamiento crítico (2.2).

2.1. Diálogo.

En el *Juan de Mairena*, Antonio Machado señala que, en Occidente, hay dos maestros de dialéctica, que saben preguntar y aguardar las respuestas: Sócrates y Jesús [XV, (Fragmento de un discurso de Juan de Maicena, conocido por sus discípulos con el nombre de "Sermón de Chipiona"), pp. 398-400]:

La fe platónica en las ideas trascendentes salvó a Grecia del solus ipse en que la hubiera encerrado la sofística. La razón humana es pensamiento genérico. Quien razona afirma la existencia de un prójimo, la necesidad del diálogo, la posible comunión mental entre los hombres. Conviene creer en las ideas platónicas, sin desvirtuar demasiado la interpretación tradicional del platonismo. Sin la absoluta transcendencia de las ideas, iguales para todos, intuíbles e indeformables por el pensamiento individual, la razón, como estructura común a una pluralidad de espíritus, no existiría, no tendría razón de existir. Dejemos a los filósofos que discutan el verdadero sentido del pensamiento platónico. Para nosotros lo esencial del platonismo es una fe en la realidad metafísica de la idea, que los siglos no han logrado destruir.

Grande hazaña fué el platonismo —sigue hablando Mairena—, pero no suficiente para curar la soledad del hombre. Quien dialoga, ciertamente, afirma a su vecino, al otro yo; todo manejo de razones —verdades o supuestas— implica convención entre sujetos, o visión común de un objeto ideal. Pero no basta la razón, el invento socrático, para crear la convivencia humana; ésta precisa también la comunión cordial, una convergencia de corazones en un mismo objeto de amor. Tal fué la hazaña del Cristo, hazaña prometeica y, en cierto sentido, satánica. Para mi maestro Abel Martín fué el Cristo un ángel discolo, un menor en rebeldía contra la norma del Padre. Dicho de otro modo: fué el Cristo un hombre que se hizo Dios para expiar en la cruz el gran pecado de la Divinidad. De este modo, pensaba mi maestro, la tragedia del Gólgota adquiere nueva significación y mayor grandeza.

El Cristo, en efecto, se rebela contra la ley del Dios de Israel, que es el dios de un pueblo cuya misión es perdurar en el tiempo. Este dios es la virtud genésica divinizada, su ley sólo ordena engendrar y conservar la prole. En nombre de este dios de proletarios fué crucificado Jesús, un hijo de nadie, en el sentido judaico, una encarnación del espíritu divino, sin misión carnal que cumplir. ¿Quién es este hijo de nadie, que habla de amor y no pretende engendrar a nadie? ¡Tanta sangre heredada, tanto semen gastado para llegar a esto! Así se revuelven con ira proletaria los hijos de Israel contra el Hijo de Dios, el hermano del Hombre. Contra el sentido patriarcal de la historia, milita la palabra del Cristo.

Si eliminamos de los Evangelios cuanto en ellos se contiene de escoria mosaica, aparece clara la enseñanza del Cristo: "Sólo hay un Padre, padre de todos, que está en los cielos". He aquí el objeto erótico trascendente, la idea cordial que funda, para siempre, la fraternidad humana. ¿Deberes filiales? Uno y no más: el amor de radio infinito hacia el padre de todos, cuya impronta, más o menos borrosa, llevamos todos en el alma. Por lo demás, sólo hay virtudes y deberes fraternos. El

ruinoso. Aunque, eso sí, ‘festivo y refrescante’, sobre todo si en el concepto de *refrescos* entran también los vinos y licores”.

Cristo, por el mero hecho de nacer, otorga el canuto, licencia, para siempre, al bíblico semental judaico. Y como triunfa Sócrates de la sofística protagórica, alumbrando el camino que conduce a la idea, a una obligada comunión intelectual entre los hombres, triunfa el Cristo de una sofística erótica, que fatiga las almas del mundo pagano, descubriendo otra suerte de universalidad: la del amor. Ellos son los dos grandes maestros de dialéctica, que saben preguntar y aguardar las respuestas. No son dos charlatanes ni dos pedantes. Charlatán y pedante, es sólo quien habla y ni siquiera se escucha a sí mismo. Pero la dialéctica del Cristo es muy otra que la socrática, y mucho más sutil y luminosa. De ella hablaremos otro día, cuando nos ocupemos de "La mujer como invención del Cristo".

Según Juan de Mairena, el pensamiento filosófico se engendra en el diálogo amoroso o cordial o en el soliloquio o diálogo interior: *Por eso yo os aconsejo —¡oh dulces amigos!— el pensar alto, o profundo, según se mire. De la claridad no habéis de preocuparos, porque ella se os dará siempre por añadidura. Contra el sabido latín, yo os aconsejo el primun philosophare de toda persona espiritualmente bien nacida. Sólo el pensamiento filosófico tiene alguna nobleza. Porque él se engendra, ya en el diálogo amoroso que supone la dignidad pensante de nuestro prójimo, ya en la pelea del hombre consigo mismo. En este último caso puede parecer agresivo, pero, en verdad, a nadie ofende y a todos ilumina (XVIII, p. 408)*⁷.

Antonio Machado ensalza el soliloquio. En el poema XCVII, *Retrato, de Campos de Castilla*, escribe (p. 126):

*Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.*

En el *Juan de Mairena*, Antonio Machado advierte de las dificultades del diálogo. Cabe mencionar dos textos. El primero, que ilustra además el modo en que Juan de Mairena dialoga con los estudiantes, reza así:

Para los tiempos que vienen hay que estar seguros de algo. Porque han de ser tiempos de lucha, y habréis de tomar partido. ¡Ah! ¿Sabéis vosotros lo que esto significa? Por de pronto, renunciar a las razones que pudieran tener vuestros adversarios, los que os obliga a estar doblemente seguros de las vuestras. Y eso es mucho más difícil de lo que parece. La razón humana no es hija, como algunos creen, de las disputas entre los hombres, sino del diálogo amoroso en que se busca la comunión por el intelecto en verdades, absolutas o relativas, pero que, en el peor caso, son independientes del humor individual. Tomar partido es no sólo renunciar a las razones de vuestros adversarios, sino también a las vuestras; abolir el diálogo, renunciar, en suma, a la razón humana. Si lo miráis despacio, comprenderéis el arduo problema de vuestro porvenir: habéis de retroceder a la barbarie, cargados de razón. Es el trágico y gedeónico destino de nuestra especie. ¿Qué piensa usted, señor Rodríguez?

Que, en efecto —habla Rodríguez, continuando el discurso del maestro—, hay que tomar partido, seguir un estandarte, alistarse bajo una bandera, para pelear. La vida es lucha, antes que diálogo amoroso. Y hay que vivir.

⁷ Cfr. López Morillas, Juan, "Juan de Mairena y Francisco Giner: La pedagogía del 'diálogo cordial'", en Vilanova, Antonio, *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Tomo III-IV, Barcelona, 21-26 de agosto de 1989, pp. 1395-1407.

—¿Qué duda cabe! Digo, a no ser que pensemos, con aquel gran chuzón que fué Voltaire: "Nous n'en voyons pas la nécessité" [VI, (*Proverbios y consejos de Mairena*), pp. 370 y 371].

El segundo es el siguiente:

*Os digo todo esto un poco en descargo de mi conciencia y arrepentido de haberos hablado de poesía alguna vez, aparentando, por exigencias de la oratoria, convicciones sólidas y profundas que no siempre tengo. Es el peligro inevitable de la elocuencia que pretende elevarse sobre el diálogo. Al orador, es decir, al hombre que habla, convirtiéndonos en simple auditorio, le exigimos, más o menos conscientemente, no sólo que sea él quien piensa lo que dice, sino que crea él en la verdad de lo que piensa, aunque luego nosotros lo pongamos en duda: que nos transmita una fe, una convicción, que la exhiba, al menos, y nos contagie de ella en lo posible. De otro modo, la oratoria sería inútil, porque las razones no se transmiten, se engendran, por cooperación, en el diálogo. El orador necesita impresionar a su auditorio, y para ello refuerza con el tono, el gesto, y a veces la cosmética misma, todo cuanto dice, y a pesar suyo dogmatiza, enfatiza y pedantea en mayor o menor grado. Vicios son éstos anejos a la oratoria, de los cuales yo mismo, cuando os hablo en clase, no estoy exento [VIII, (*Fragmentos de lecciones*), p. 376].*

2.2. Discernimiento.

En el *Juan de Mairena*, Antonio Machado reflexiona sobre el pensamiento, y contrapone el pensamiento lógico o matemático al pensamiento poético. El primero es homogeneizador; el segundo, no. El poeta ofrece una imagen muy hermosa del acto de pensar: *Decía mi maestro: Pensar es deambular de calle en calleja, de calleja en callejón, hasta dar en un callejón sin salida. Llegados a este callejón pensamos que la gracia estaría en salir de él. Y entonces es cuando se busca la puerta al campo* [XVIII, (*En clase*), p. 407].

De forma directa o indirecta, el *Juan de Mairena* ensalza el pensamiento crítico. El propósito de la metafísica es enseñar al hombre a repensar lo pensado, a desaber lo sabido y a dudar de la propia duda, que es el único modo de empezar a creer en algo [XXXV, (*Habla Mairena sobre el hambre, el trabajo, la Escuela de Sabiduría, etc.*), p. 469]. Aunque Antonio Machado no utiliza la palabra *discernimiento*, podríamos decir también que lo exalta, si damos a ese sustantivo un sentido algo más profundo que el significado, un tanto pobre, que figura en el diccionario de la [RAE](#). De hecho, el poeta nos ofrece una imagen posible del discernimiento, cuando escribe, en el poema XCVII *Retrato, de Campos de Castilla* (p. 125): *A distinguir me paro las voces de los ecos, / y escucho solamente, entre las voces, una*. Discernir proviene del latín *discernĕre*. En el diccionario de la RAE, significa “distinguir algo de otra cosa, señalando la diferencia que hay entre ellas”, y se refiere comúnmente a operaciones del ánimo. De ese modo, la definición no da buena cuenta de la riqueza de matices de la palabra, en los contextos de la filosofía o la teología. En ocasiones, la *Kritik der Urteilkraft*, de Kant, no se traduce como *Crítica del juicio*, sino como *Crítica del discernimiento*⁸. El original alemán alude no tanto al juicio en sí (*Urteil*), sino a la capacidad o facultad de juicio, o de -o para- juzgar (*Urteilkraft*) o, si se quiere, de discernir. En la teología, el discernimiento tiene un significado más profundo que el de la simple distinción. Así, San Pablo escribe: “Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto” (Rom. 12: 1-2). El discernimiento es el tesoro de los jesuitas. Ignacio de Loyola hablará o usará la expresión: “según las personas,

⁸ Kant, Immanuel, *Crítica del discernimiento*, edición de Roberto R. Aramayo y Salvador Mas, Alianza editorial, Madrid, 2012, 784 pp.

tiempos y lugares” (Const. 64)⁹, que, en la espiritualidad ignaciana, indica que las normas, ejercicios espirituales o decisiones deben adaptarse con flexibilidad, buen sentido y caridad a la realidad concreta de cada individuo, su contexto histórico y geográfico. El Papa Francisco, el primer Papa jesuita de la historia, ha sido el Papa del discernimiento¹⁰. Por eso, resulta más acertada la definición del verbo *discerner* del *Dictionnaire Français Cordial*: como primera acepción, incluye “reconnaître par la vue”; como segunda, “faire la distinction”, y como tercera, “découvrir par la réflexion”.

En el Juan de Mairena, Antonio Machado ensalza las cualidades del verdadero pensamiento, del pensamiento crítico, del discernimiento: la libertad y valentía, la originalidad y la altura o profundidad.

Ante todo, es necesaria la libertad y la valentía. Como dice el proverbio alemán, *Die Gedanken sind frei*. Es necesaria la libertad para pensar, que hace posible la libertad para expresar lo pensado [XXV, (*Apuntes tomados por los alumnos de Juan de Mairena*), p. 432]:

Pero nosotros queremos ser sofistas, en el mejor sentido de la palabra, o, digámoslo más modestamente, en uno de los buenos sentidos de la palabra: queremos ser librepensadores. No os estrepitéis. Nosotros no hemos de pretender que se nos consienta decir todo lo malo que pensamos del monarca, de los gobiernos, de los obispos, del Parlamento, etc. La libre emisión del pensamiento es un problema importante, pero secundario, y supeditado al nuestro, que es el de la libertad del pensamiento mismo. Por de pronto, nosotros nos preguntamos si el pensamiento, nuestro pensamiento, el de cada uno de nosotros, puede producirse con entera libertad, independientemente de que, luego, se nos permita o no emitirlo. Digámoslo retóricamente: ¿De qué nos serviría la libre emisión de un pensamiento esclavo? De aquí nuestros ejercicios de clase, que unos parecen de lógica y otros de sofística, en el mal sentido de la palabra, pero que en el fondo son siempre Retórica, y de la buena, Retórica de sofistas o catecúmenos del libre pensamiento. Nosotros pretendemos fortalecer y agilitar nuestro pensar para aprender de él mismo cuáles son sus posibilidades, cuáles sus limitaciones; hasta qué punto se produce de un modo libre, original, con propia iniciativa, y hasta qué punto nos parece limitado, por normas rígidas, por hábitos mentales inmodificables, por imposibilidades de pensar de otro modo. ¡Ojo a esto, que es muy grave!...

Estas palabras fueron tomadas al oído por el oyente de la clase de Mairena, el alumno especializado en la función de oír, y al cual Mairena no preguntaba nunca. Del estilo de estos apuntes parece inferirse que su autor era, más que un estudiante de Retórica, un aprendiz de taquigrafía. Esta sospecha tuvo Mairena durante varios cursos; pero lo que él decía: ¡Un hombre que escucha!. . . Todos mis respetos.

Por boca de Juan de Mairena, Antonio Machado alaba la originalidad: *Sed originales; yo os lo aconsejo; casi me atrevería a ordenároslo. Para ello —claro es— tenéis que renunciar al aplauso de los snobs y de los fanáticos de la novedad; porque esos creerán siempre haber leído algo de lo que vosotros pensáis, y aun pensarán, además, que vosotros lo habíais leído también, aunque en*

⁹ El texto completo dice así: “Demás desto, antes que entre en la Casa o Colegio, o después de haber entrado en ella, se requieren seis experiencias principales, sin otras muchas de que se hablará en parte adelante, pudiendo las tales experiencias anteponerse y postponerse y moderarse, y en algún caso trocarse con otras, con autoridad del Superior, según las personas, tiempos y lugares, con sus ocurrencias”. Cfr. Loyola, San Ignacio de, *Constituciones*, Capítulo 4º, “De algunas cosas que más conviene saber a los que entran, de lo que han de observar en la compañía”, 64, en *Obras completas*, Edición manual, 2ª edición, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1963, p. 429.

¹⁰ Cfr. [Papa Francisco, Catequesis sobre el discernimiento](#), pronunciadas en las audiencias entre agosto de 2022 y enero de 2023.

ediciones profanadas ya por el vulgo, y que, en último término, no lo habéis comprendido tan bien como ellos. A vosotros no os importe pensar lo que habéis leído ochenta veces y oído quinientas, porque no es lo mismo pensar que haber leído [XI, (Sobre Don Juan), p. 383].

En fin, el pensamiento debe tener altura o profundidad. El fragmento ya citado, en el que Juan de Mairena aconseja el *primum philosophare*, y en donde añade que solo tiene alguna nobleza el pensamiento filosófico que se engendra en el diálogo amoroso o en la pelea del hombre consigo mismo, comienza con la siguiente frase: *Por eso yo os aconsejo —¡oh dulces amigos!— el pensar alto, o profundo, según se mire. De la claridad no habéis de preocuparos, porque ella se os dará siempre por añadidura [XVIII, (En clase), p. 408].*

Conclusiones.

Frente al *primum vivere*, Antonio Machado apuesta por el *primum philosophare*. En el *Juan de Mairena*, hay una invitación a filosofar. El poeta filósofo aspira a una emancipación del pensamiento.

Machado destaca el valor de ser hombre. Por boca de Juan de Mairena, señala el poeta: *Sed modestos: yo os aconsejo la modestia; o, por mejor decir: yo os aconsejo un orgullo modesto, que es lo español y lo cristiano. Recordad el proverbio de Castilla: ‘Nadie es más que nadie’. Esto quiere decir cuánto es difícil aventajarse a todos, porque, por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Y agrega: Así hablaba Mairena a sus discípulos. Y añadía: ¿Comprendéis ahora por qué los grandes hombres solemos ser modestos [VI (Proverbios y consejos de Mairena), p. 369].* Machado abunda en la misma idea en un escrito muy hermoso sobre Soria, incluido en la recopilación *De mi cartera* (p. 859): *Hay un breve aforismo castellano -yo lo oí en Soria por vez primera-, que dice así: “nadie es más que nadie”. Y confiesa que nunca olvido al viejo pastor de cuyos labios oí ese magnífico proverbio donde, a mi juicio, se condensa toda el alma de Castilla, su gran orgullo y su gran humildad, su experiencia de siglos y el sentido imperial de su pobreza; esa magnífica frase que yo me complazco en traducir así: por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre. Soria es una escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad. En otro lugar, Machado habla del orgullo de los humildes: El Cristo -decía mi maestro- predicó la humildad a los poderosos. Cuando vuelva, predicará el orgullo a los humildes. De sabios es mutar de consejo (XXXIX, p. 483).*

En el ámbito jurídico, ese postulado conlleva la preeminencia de la dignidad del ser humano. En el terreno de la pedagogía y la enseñanza, la idea se traduce en una educación dirigida al hombre, al ser humano, al individuo, y no a las masas. Dice Juan de Mairena: *Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa: al hombre en todos los sentidos de la palabra: al hombre: in genere y al hombre individual, al hombre esencial y al hombre empíricamente dado en circunstancias de lugar y de tiempo, sin excluir al animal humano en sus relaciones con la naturaleza. Pero el hombre masa no existe para nosotros. Aunque el concepto de masa pueda aplicarse adecuadamente a cuanto alcanza volumen y materia, no sirve para ayudarnos a definir al hombre, porque esa noción fisicomatemática no contiene un átomo de humanidad. Perdonad que os diga cosas de tan marcada perogrullez. En que os diga cosas de tan marcada perogrullez. En nuestros días hay que decirlo todo. Porque aquellos mismos que defienden a las aglomeraciones humanas frente a sus más abominables explotadores, han recogido el concepto de masa para convertirlo en categoría social, ética y aun estética. Y esto es francamente absurdo. Imaginad lo que podría ser una pedagogía para las masas. ¡La educación del niño-masa! Ella sería, en verdad, la pedagogía del mismo Herodes, algo monstruoso [XXXVI, (Sobre otros aspectos de la Escuela de Sabiduría), pp. 470 y 471].*

Termino con alguno de los versos más famosos de Antonio Machado, del poema XXIX, de la sección CXXXVI *Proverbios y cantares*, de *Campos de Castilla* (p. 203):

*Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.*

En el contexto de la enseñanza, la pedagogía y la innovación docente, los versos ilustran la imposibilidad de seguir una ruta ya trazada. Dicho de otro modo, la práctica fundamenta la teoría. En este sentido, el quehacer cotidiano de Antonio Machado como catedrático de instituto fue coherente con sus ideas teóricas. Practicó el método pedagógico basado en el diálogo y el discernimiento. Siguiendo el consejo de sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza, Antonio Machado buscó en la enseñanza un camino en la vida. Según los testimonios de sus alumnos, fue un buen profesor: dialogante y tolerante, transmitía pasión en sus clases. Los alumnos le tenían un gran afecto. Era bondadoso. Leía libros que traía del extranjero, y practicaba la lectura comentada. Al igual que sus maestros de la Institución Libre de Enseñanza, practicaba una enseñanza socrática, que dejaba una huella perdurable en los alumnos¹¹.

De sí mismo, dice Antonio Machado, en el poema XCVII *Retrato*, de *Campos de Castilla* (p. 126):

*Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.*

¿Qué mejor recuerdo puede dejar un profesor en sus alumnos?

José Luis Gil y Gil
Catedrático de Derecho del Trabajo
Universidad de Alcalá

¹¹ Cfr. Gibson, Ian, *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*. Punto de lectura, Madrid, 2007, p. 235, y [Martín Ruano, Sebastián, “La influencia de la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza en la obra de Antonio Machado. Una forma especial de sentir el medio ambiente”, *Alcántara*, 89 \(2020\): pp. 106 y 118.](#)